

5

La disminución del trabajo y el empleado invisible

No hace mucho tiempo que Jeremy Rifkin, en su best seller *The End of Work* (1996), anunciaba un mundo donde un gran número de gente se encontraría fuera del mercado laboral. La automatización y la externalización como parte de la globalización harían que miles de millones de trabajadores queden sin hacer nada. Daniel Bell, en su *The Coming of Post Industrial Society* (1973), marcó el cambio de la manufactura a una economía de servicios que gira en torno a la alta tecnología, al tratamiento de la información, a la provisión de servicios y al aumento de una clase de servicios de profesionales, científicos y técnicos. Yo quiero expresar en este capítulo que sólo la mitad de esta ecuación es verdad, que ha habido por cierto, un aumento de científicos, técnicos, físicos e investigadores y ha habido indudablemente, un cambio de la manufactura hacia el sector de servicios, pero al mismo tiempo ha habido un aumento en un sector de servicio mucho más bajo, que en muchos casos ha sido como el resurgimiento de una considerable clase de sirvientes. El famoso libro de George Ritzer, *The MacDonaldisation of Society* (1993), reconoce esto correctamente pero tiende a verlo como concomitante con la burocratización de los roles de servicios. Por cierto, esto ha sucedido desde McDonald's con un bajo grado de asistencia médica, pero muchos de estos roles son el reverso de los burocratizados. Además la mayoría de este tipo de trabajo es extrañamente invisible para el público de clase media, y hay una peculiar contradicción en nuestra sociedad donde el trabajo se valoriza cada vez más mientras el tedio es cada vez más una norma.

Pero permítanme focalizarme en el concepto de disminución de la centralidad del trabajo.

¿Disminución de la centralidad del trabajo?

En un trabajo brillantemente analizado, publicado primero en 1982, Claus Offe, señaló que el trabajo había perdido su centralidad como una característica de la organización de la vida moderna.

“Lo que es paradójico”, escribió,

“es que mientras una gran parte de la población participa en trabajos asalariados, hay un descenso en la medida en que el trabajo asalariado “participa” en la vida de las personas involucrándolos y formándolos de manera particular. Este descentramiento del trabajo en relación con otras esferas de la vida, su confinamiento a los márgenes de la biografía, es confirmado por muchos diagnósticos contemporáneos” (trans. 1985, p. 141).

Hay dos niveles que él señaló como “la decadencia de la ética laboral”. En primer lugar, el nivel de *integración social*, el trabajo visto como un *deber* normativamente sancionado, y en segundo lugar el nivel de *sistema de integración*, el trabajo como una *necesidad* física. En cuanto a la noción del trabajo que de sentido a la vida y que implique orgullo por nuestro trabajo y vergüenza por el desempleo, Offe puede ver muy poco que vincule a la persona normativamente con el lugar de trabajo. La racionalización y la descalificación del proceso de trabajo y los modelos de “Taylorisation”, dejan cada vez menos margen para la satisfacción personal y la autonomía. La desintegración de la unión entre el lugar de trabajo y el área local rompe la forma en que el trabajo era el eje principal de la amistad, el ocio y la tradición familiar. El molino de la ciudad, el pueblo minero –todos los factores de la “vida proletaria localizada” están en declive. La discontinuidad de los trabajos, la decadencia de la vida comercial, y las vicisitudes de la jubilación anticipada y el desempleo (que es el interés central de los más recientes escritores, ver por ejemplo, *The Corrosion of Character*, 1998, de Richard Sennet) militan contra la fácil identificación con el trabajo. De hecho, la cada vez más frecuente existencia de desempleo disminuye: “el efecto de la estigmatización moral y la autoestigmatización (...) más allá de un cierto umbral (...) no puede explicarse en forma convincente en términos de fracaso individual o culpa (*ibid.*, p. 143). El trabajo, por lo tanto, como una narrativa desarrollada, una fuente segura de identidad personal es, según Offe, cada vez menos importante.

De hecho:

“Uniendo estas circunstancias, parece ser improbable que el trabajo, el logro y la adquisición continúen jugando un rol central como una norma que integra y guía la existencia personal. No parece ser probable que esa norma de referencia pue-

da ser políticamente reactivada o reclamada. *Intentos recientes por “remoralizar” el trabajo y tratarlo como la categoría central de la existencia humana deben ser considerados como un síntoma de crisis, más que una cura*” (*ibid.*, p. 143).

He escrito en cursiva la última parte del comentario de Offe debido a su relevancia en el período actual. Por ejemplo, el intento de re moralización del trabajo, una parte central de las políticas del Nuevo Laborismo británico, fue parte de un proceso de inclusión social. Donde el trabajo es visto como una fuente de identidad y como una fuente clave de integración a la sociedad a través de la independencia financiera que nos lleva al segundo medio de integración de Offe: las sanciones instrumentales que regulan al individuo en un sentido moralmente neutral proporcionando incentivos positivos para trabajar y para pasar privaciones si se evita el trabajo. Teniendo en cuenta esto, Offe sostiene, que si las sanciones normativas con respecto al trabajo se encuentran en declive, entonces el instrumental adjunto se vuelve más importante. Pero también aquí encuentra una falta. A nivel de sanciones positivas, Offe ve una situación donde la gente experimenta una rápida disminución de la satisfacción marginal de cualquier aumento en los ingresos, esto se hace más evidente cuando el trabajo se ve como “*desutilidad*” comparado con el tiempo utilizado en ocio y con amigos. De este modo:

“las especulaciones acerca de los motivantes efectos positivos de aumentar los ingresos, pueden, por lo tanto, perder la mayoría de la verosimilitud, al menos a nivel de los salarios y de la saturación de bienes de consumo alcanzada en Europa Occidental” (*ibid.*, p. 144).

¿La reducción de salarios o la amenaza de desempleo forzarán seguramente una adherencia al sistema laboral? Aquí, Offe nos presenta su, ya familiar, tesis de que un efectivo e “irreversible” Estado de Bienestar debilita la brutal necesidad de trabajar, y que revertir el pacto de posguerra entre el capital y el trabajo sería algo crónicamente desequilibrante. Por lo tanto, escribe:

“dicha cura radical a través de un regreso al ‘individualismo’ y a la ‘regulación del mercado’ posiblemente haría peligrar seriamente la relativa armonía social de la sociedad trabajadora, que históricamente se logró sólo a través de un sistema que solo el estado garantiza, de distribución colectiva y seguridad. En este sistema, puede ser poco confiable el individualismo, la disciplina directa y los efectos legítimos de dificultades económicas como uno de los medios de integración de la sociedad” (*ibid.*, p. 146).

Así, el histórico compromiso entre capital y trabajo que permitió la construcción de una sociedad inclusiva, amenazaría con romperse, si la red de seguridad de ayuda social fuera eliminada. La inclusión social dependía de la ayuda social y las prestaciones sociales inevitablemente reducían el impacto de la disciplina de mercado y la centralidad del trabajo.

Offe entonces postula que donde se concentra el desempleo estructural se construyen subculturas basadas en economías informales que son al menos pasivamente hostiles a los valores y las reglas legales de la "sociedad trabajadora", y podrían agruparse fácilmente en una "cultura de desempleo" subproletaria, "*a non-class of non-workers*" (*ibid.*, p. 147). Ellos representan una oposición o resistencia al trabajo. Esto, por supuesto, se parece increíblemente al concepto de una clase baja como se discutió en la literatura actual. Además, no puede dejar de cruzarse por la mente del lector que Claus Offe, un neomarxista, fuertemente influenciado por los escritos de J. Habermas, llega a conclusiones muy similares a las de Charles Murray y Lawrence Mead, cuyos libros extremadamente influyentes, *Losing Ground* (1986) y *Beyond Entitlement* (1986), respectivamente, fueron escritos más o menos al mismo tiempo. De este modo, Claus Offe y los de la izquierda (por ejemplo André Gorz) vieron esa negativa al trabajo como políticamente liberadora y como un producto de gran contradicción inherente al capitalismo avanzado, y los de la derecha estaban de acuerdo y creían que este era el problema principal.

Por supuesto, todo esto es historia, tanto la disminución en la instrumentalidad del trabajo como su centralidad normativa fueron feroz y explícitamente combatidas por los políticos de todo el Primer Mundo. Tanto las fuerzas del neoliberalismo como los defensores de una fuerza de trabajo más flexible y "eficiente", intervinieron con el fin de reducir la "dependencia" en el bienestar y para volver a valorizar el trabajo como un ideal central de la ciudadanía. La lucha de clases no fue abandonada, ni mucho menos. La lucha de clases se libró, como lo dijo David Harvey, y el poderoso ganó. Y tenemos la "paradoja" que, al igual que los salarios y la estabilidad de los trabajos se redujeron, el bienestar fue recordado de nuevo y retirado, así como el trabajo se hizo más aburrido, se convirtió aún más rigurosamente en una responsabilidad más que en un derecho.

Consiguiendo que el pobre trabaje: el experimento de Estados Unidos

"Así como los comunistas, radicales y progresistas viajaron a Moscú en la década de 1920 para ver construir el socialismo en un país, también lo hacen los políticos, los analistas políticos y los periodistas que llegan hoy a Wisconsin para ver al Estado de Bienestar desmantelarse".

(Massing, 1999, p. 22)

La paradoja de los políticos europeos y de los periodistas que viajan a Estados Unidos para aprender acerca del control del delito y no al revés, dada

la naturaleza colosal de los problemas delictivos americanos, ha sido frecuentemente comentada. Lo que no ha sido suficientemente resaltado es la aún más sorprendente atracción de Estados Unidos hacia las social-democracias europeas, incluyendo el Nuevo Laborismo, que viaja a través del Atlántico con el fin de aprender qué hacer con el Estado del Bienestar. La opinión sobre el sistema de bienestar americano ha cambiado dramáticamente. Mientras es ampliamente considerado como un ejemplar libro de la insuficiencia que sistemáticamente desatiende de los pobres, ahora es cada vez más caricaturizado como una institución libertina que generó la dependencia entre los pobres y ha creado una clase baja urbana. El objetivo cambió, entonces, no para emular las estructuras de bienestar de los ricos en Europa, sino para que Europa siga el ejemplo de América en el desmantelamiento de las disposiciones y beneficios.

Wisconsin dirigió la reforma del sistema de bienestar con su riguroso programa de plazos estrictos para el bienestar y las exigencias del trabajo. En los últimos 10 años el bienestar se redujo de 100.000 a 9.000, en 1997 las obras de Wisconsin (o W2 como es popularmente conocido) fueron presentadas, se insiste en que todos debemos trabajar, y se ha sustituido en su totalidad el programa de bienestar con un programa de asistencia de empleo. El lugar preferido de trabajo está en el sector privado, aquellos que no están completamente listos para el trabajo se espera que hagan tareas comunitarias y aquellos con problemas particularmente graves que asistan a clases obligatorias de educación y formación. Hay programas similares por todas partes en Estados Unidos; por ejemplo, el modelo de Wisconsin fue introducido en Nueva York por el alcalde Giuliani, y en Michigan el "Proyecto Cero" apuntó a eliminar el desempleo.

A nivel comparativo lo que debería enfatizarse es la naturaleza particularmente miserable del sistema de bienestar de Estados Unidos. De este modo, la paradoja es: que la nación industrial con el estado de bienestar menos desarrollado considera sus intervenciones en la vida de sus ciudadanos como más insidiosas, y desarrolla los más draconianos planes para desmantelarlo.

En esta sociedad inclusiva del período de la post guerra, el Estado de Bienestar, particularmente en Europa, fue visto como el instrumento principal del Estado para *incluir* ciudadanos. Alcanzó a aquellos que eran marginales, y aseguró que tuvieran los beneficios mínimos de economía ciudadana. En la década de 1980 y a principios de 1990 hubo una crítica de esta posición de los defensores de las libertades y de los neoliberales de la derecha. Se revirtió completamente la panacea de la social-democracia. Ellos argumentaron que el Estado de Bienestar generaba una cultura de dependencia que, lejos de asegurar la integración de los marginales a la sociedad, era la fuerza principal que creaba una clase baja que los excluía de la sociedad (ver, por ejemplo, Murray, 1984).

En sus análisis, el sistema de beneficios fue una traba para entrar al mundo laboral y a la normal conducta económica. Además, la cultura de dependencia creó una situación donde los que permanentemente tenían beneficios no sólo no querían, sino que eventualmente eran incapaces de cumplir con la disciplina y la puntualidad necesarias para funcionar en el mundo de trabajo diario. En la década de 1990, las administraciones de Clinton y de Blair tuvieron en cuenta mucho de este pensamiento. En particular, el cambio de dirección del Nuevo Laborismo fue más asombroso porque en lugar de regresar a algunos de los nuevos fabianismos empeñados en buscar a los pobres y otorgarles derechos de bienestar, beneficios y poderes, comenzaron a discutir que el Estado de Bienestar “como lo conocemos”, no concordaba con las realidades actuales de hoy en día y agravaba los problemas de los pobres, mientras que los propios pobres, debido a la dependencia de la asistencia social, perdían su sentido de responsabilidad como ciudadanos.

La salvación a través del trabajo

“El trabajo es fundamental para la lucha del Gobierno contra la exclusión social. El trabajo es la única ruta para sostener la independencia financiera. Pero es también mucho más. El trabajo no es sólo ganarse la vida. Es una forma de vida (...) El trabajo ayuda a completar nuestras aspiraciones —es la clave de la independencia, de la dignidad y de las oportunidades para avanzar (...) El trabajo lleva un sentido de orden que les falta a las vidas de muchos jóvenes desempleados (...) [Los socialmente excluidos] y sus familias están atrapados en la dependencia. Ellos habitan un mundo paralelo: donde el ingreso es derivado de la beneficencia, no del trabajo; donde la escuela es una opción, no una llave a la oportunidad; y donde la influencia dominante de la gente joven es la cultura de la calle, no los valores que unen a las familias y a las comunidades. Hay algunos estados donde la moneda común es el giro, donde el mercado negro es mucho más que el pluriempleo —esto implica el mundo crepuscular de las drogas; y donde la implacable conducta anti-social oprime a las personas...”.

(Un discurso de Harriet Harman,
entonces Ministro de Seguridad Social,
en la apertura del Centro de Análisis de Exclusión Social,
en la Escuela de Economía de Londres, 1997).

“El trabajador (...) siente solamente fuera del trabajo, y durante su trabajo está fuera de sí mismo. Está en su casa cuando no está trabajando y cuando está trabajando no lo está. Por lo tanto, su trabajo no es voluntario, sino que coacciona al *trabajo forzado*. No se trata de la satisfacción de una necesidad, sino solamente de un medio de satisfacer otras necesidades. Su extraño carácter es obvio por el hecho de que cuando no existe ninguna presión, el trabajo es evitado como una

plaga (...) Finalmente, la naturaleza externa del trabajo, para el trabajador aparece en el hecho de que no es él sino otra persona, que en el trabajo no le pertenece a sí mismo, sino a alguien más (...) Esto es la pérdida de sí mismo.

(Karl Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts*, 1976 (1844), p. 292)

Ser miembro de una sociedad, ser *incluido*, significa tener trabajo, y el trabajo *útil* significa trabajo pago, trabajo vendido al mercado (Levitas, 1996). Aquí encontramos una de las “mágicas” cualidades del trabajo. En este caso, trabajo no significa el trabajo de un pintor que pinta para sí mismo y para sus amigos; no es el trabajo de una persona que cuida a un pariente mayor. No es un trabajo con creatividad, con amor, de contribución a la comunidad o simplemente de esfuerzo, sudor y lágrimas. No, es un trabajo que se puede comercializar en el mercado. Por eso, André Gorz escribió:

“Es, de modo inequívoco, el ‘trabajo’ específico peculiar al capitalismo industrial: el trabajo al que nos referimos cuando decimos ‘ella no trabaja’ por una mujer que se dedica a criar a sus hijos, pero decimos ‘ella sí trabaja’ cuando nos referimos a una mujer que le dedica aún una pequeña parte de su tiempo a criar a otros chicos en un salón de juegos o en una nursery” (1999, p. 2).

Sugerir que cualquier trabajo es mejor que ningún trabajo, y que ese trabajo tiene una cualidad redentora esencial, es bizarro en extremo. El trabajo, como John K. Galbraith tan irónicamente lo comentó en *The Culture of Contentment* (1992), es en gran medida repetitivo y degradante, el uso de la palabra “trabajo” en las “clases acomodadas” para describir sus actividades altamente remuneradas y creativas en la misma línea que el trabajo mal remunerado y las opresivas tareas de los trabajadores pobres, es un fraude de primer orden. Y, agregarle a esto la noción de la mayoría del trabajo como un acto de salvación, una liberación del yo y un modelo a seguir para los hijos, como lo sostendrían nuestros políticos del Nuevo Laborismo y sus primos americanos, es añadir un insulto a la injuria.

Aún para la mayoría trabajadora, las principales virtudes del trabajo son el café, el salario y el fin de semana. En realidad, la intrínsecamente aburrida y tediosa naturaleza del trabajo parece ser para muchas personas, precisamente la razón por la que a uno le pagan. Esto es lo que uno *definitivamente* no haría si no le pagaran. Sin embargo, teniendo en cuenta que las horas no son muchas y los salarios son suficientemente altos, se está haciendo un acuerdo basado más en la percepción de la naturaleza obstinada, difícil e inmutada de la realidad que en las ideas de redención. Siempre hay sábados por la noche de los adolescentes, la casa y el auto de los de cuarenta y pico, el mundo “real” de la casa, los chicos y la televisión. La confusión aparece, por supuesto, como lo señala Galbraith, que para las clases acomodadas, el trabajo es de hecho, precisamente esto:

“agradable, de renombre social y económicamente gratificante. Aquellos que pasan días plácidos, bien compensados dicen con énfasis que ‘trabajan duro’, por lo tanto suprimen así el concepto de que son una clase favorecida. Por supuesto, son atraídos a decir que disfrutaban de su trabajo, pero se presume que ese placer es compartido por cualquier buen trabajador. En un breve momento de verdad, hablamos al condenar a los criminales de años de ‘trabajos forzados’. De lo contrario, ponemos un brillo sobre lo que es aceptable y lo que, en mayor o menor medida, se padece o se sufre” (1992, p. 33).

La élite de trabajadores del escenario, la pantalla y el canto, los deportistas y el considerable segmento de la clase media acomodada para los que el día nunca es lo suficientemente largo –para todos ellos, su identidad está basada en el trabajo. Sáquelos de su trabajo e irremediabilmente no saben qué hacer: su ontología es el trabajo. Pero si una parte de la sociedad define el trabajo como lo que ellos son: el otro lo define muy claramente como lo que ellos no son.

Debajo de la parte superior de la sociedad acomodada, se encuentra la amplia masa de personas preocupadas por la seguridad de sus empleos. Pero debajo de ellos, el acuerdo de la clase pobre trabajadora se rompe, la equivalencia de vender tiempo y comprar ocio es insustancial y deshinchada. Para tomar como ejemplo la vida familiar: la retórica de los políticos sobre el trabajo que mantiene a la familia y proporciona modelos para los niños es hueca y francamente cruel, porque, en realidad, el tipo de trabajo disponible para muchos de los pobres deja poco tiempo para una estable relación familiar y tiene grandes repercusiones para la inestabilidad de la comunidad. Como señala Elliott Currie, “es el efecto del *trabajo excesivo* en los empleos mal remunerados sobre la capacidad de los padres de proveer un entorno competente para sus hijos, y sobre la capacidad de las comunidades para la autorregulación y el mantenimiento de las redes de apoyo y cuidados” (1997, p. 155).

Al forzar a la gente a trabajar largas horas se socava la moralidad más “básica” de la familia y de la comunidad sobre las que los políticos de todas las tendencias están constantemente insistiendo. La forma en que, por ejemplo, una madre soltera se ve obligada a trabajar a un ritmo que apenas hace accesible el cuidado de los niños y que requiere muchas horas, sugiere que la ideología está en el trabajo más que en cualquier interés genuino por la gente. La madre soltera que tiene a sus hijos a cargo es dependiente, pero la misma madre a la que le pagan por cuidar a otros hijos es un ángel que por algún milagro se convirtió en independiente y emprendedora. El verdadero motivo, la reducción de la carga fiscal de los ricos, es como Galbraith sugiere, poco disimulado por la retórica. Además, la idea de que dicho trabajo provee roles modelos para los chicos de barrio es inverosímil: mucho más probable es que cometan delitos y que los mercados ilícitos de tráfico de drogas sean modelo aún más atractivos. Si hay, de

hecho, “seducciones de la delincuencia”, como Jack Katz (1988) lo sugiere, entonces estas seducciones son más dulces debido a la miseria de las alternativas.

Incluyendo al excluido

Lo que estoy sugiriendo es que ambos, tanto el desempleado como el trabajador pobre, experimentan la exclusión de la ciudadanía social. Los primeros, porque se les niega la base económica concomitante con las expectativas que la ciudadanía implica, los segundos porque experimentan que la naturaleza de su trabajo, las horas trabajadas y la remuneración son injustas; como si estuvieran fuera de las normas de los salarios –un justo día laboral por un justo pago. Ellos son, por supuesto, parte del mercado laboral pero no son ciudadanos completos. La presión de las personas de una categoría de exclusión a otras (“hacer trabajar a los pobres”, como señala la *Unidad de exclusión social de Gran Bretaña* (1999a) con su triste *doble sentido*), se vive con demasiada frecuencia, pero no como inclusión sino como exclusión. De esta manera el “New Deal” no es la solución, es el problema, no es la inclusión, es la palpable exclusión. La solución frente al “New Deal”, por lo tanto, es participar en la economía escondida, convirtiéndose en una madre soltera –la solución es lo que el bien merecido nombre de Unidad de Exclusión Social establece como el problema (ver Willis, 2000, ps. 89-91).

De este modo, tenemos una paradoja: así como la industria manufacturera a través del Primer Mundo va en declive, así como las industrias fueron reconstruidas y muchos fueron expulsados de sus puestos de trabajo, así como la inseguridad laboral aumenta y se hace cada vez más y más difícil encontrar los estables bloques de construcción de la identidad en el mundo, *justo en este punto* el trabajo se aclama como una gran virtud. Esto, como lo señala André Gorz en forma mordaz:

“...es un enorme fraude. No hay y nunca habrá ‘suficiente trabajo’ (empleo suficientemente pago, estable y de tiempo completo) para todo el mundo, pero la sociedad (o, más bien, el capital) que ya no necesita el trabajo de todos, y lo está necesitando cada vez menos, continúa repitiendo que no es la sociedad la que necesita el trabajo (ni mucho menos!) sino nosotros.

Nunca había sido invocada de manera tan obsesiva la ‘insustituible’ e ‘indispensable’ función del trabajo como la fuente de los ‘lazos sociales’, la ‘cohesión social’, la ‘integración’, la ‘socialización’, la ‘personalización’ y la ‘identidad personal’ como lo ha sido desde el día en que no se pudo cumplir ninguna de estas funciones (...) Habiéndose convertido en inseguro, flexible, intermitente y variable en lo que respecta a horarios y salarios, el empleo ya no se integra a la comunidad, o a las etapas de la vida, y ya no es la base sobre la que todo el mundo puede establecer su proyecto de vida.

La sociedad en la que todos podrían tener la esperanza de tener un lugar y un futuro –la ‘sociedad basada en el trabajo’, en la que él/ella podría esperar tener

seguridad y utilidad— está muerta. El trabajo ahora conserva sólo una centralidad fantasma” (1999, ps. 57-8).

El trabajo, en el sentido de lo que implica la auto-realización y la creatividad no está, por supuesto, muerto pero el trabajo seguro, pago, a tiempo completo de por vida es considerablemente menor y donde existe no tiene esta calidad. Los trabajos que otorgan ingresos e identidades estables están, por supuesto, todavía en la cima de la estructura, pero esta “clase satisfecha” se ha reducido mucho más que lo que calculó Galbraith. Para la mayor parte de la población no es así y, para aquellos que están en la parte inferior, hay poco para ganar en términos de ingresos seguros o de identidad. De hecho, todo lo contrario es lo cierto, sus bajos ingresos y sus inseguridades generan sentimientos de marginalización, y su estigmatización como clase baja provee bloques de construcción de identidad más negativos que positivos.

Bienestar: del alivio a la irresponsabilidad

Permítanme recapitular la situación de los trabajadores pobres, el objetivo de la reforma del bienestar. En primer lugar, ellos están en una posición típicamente de atrás hacia adelante entre el bienestar y el trabajo, o con el bienestar complementando el trabajo: el desempleado a largo plazo es una pequeña minoría. En segundo lugar, el actual costo de los beneficios es comparativamente pequeño. De este modo, Joel Handler señala que en Estados Unidos, la AFDC (Aid to Families with Dependent Children) absorbió \$23 millones en gastos federales y estatales. Esto es, señala, “una cantidad insignificante en comparación con el presupuesto de la Seguridad Social (pensiones) en más de \$300 mil millones, o el Seguro Médico Estatal, en \$280 mil millones. El Bienestar Social ha sido un pararrayos, porque el término ha funcionado como una palabra clave sobre la raza y el género, concentrándose mayoritariamente en las jóvenes mujeres afro-americanas (2000, p. 117). Y esto se hace eco, en un contexto británico, en el análisis del pánico moral de Jayne Mooney (2002), sobre las madres solteras y la delincuencia que ya volveré a mencionar en el próximo capítulo.

Todo esto, como ya lo he señalado, es una clara manifestación de resentimiento. Aún los nombres de la legislación huelen a indignación moral. Handler nota cómo el bienestar social, que una vez fue visto como un alivio para la pobreza, se ha convertido ahora en lo opuesto a la autosuficiencia y pregunta sobre la *asistencia social para trabajar*:

“hay también un sentimiento más generalizado sobre los cambios tecnológicos que hacen que sea poco probable que los mercados laborales del siglo XXI proporcionen suficientes puestos de trabajo. Además, ¿debería alentarse la crea-

ción de puestos de trabajo, incluso si se trata de condiciones degradantes y de perjudiciales consecuencias para las familias —sobre todo, para las mujeres y los niños? ¿No sería mejor expandir los beneficios sociales para la gente que ya está excluida del mercado laboral, en lugar de forzar a las madres solteras a emplearse en trabajos de bajos salarios?” (2000, p. 135).

Temprano a la mañana en Harlem

Katherine Newman, en el prólogo de su libro *No Shame in My Game* (2000), un estudio sobre los trabajadores pobres en el centro de la ciudad, describe un viaje en taxi un lunes temprano a la mañana desde su casa de Nueva York, en ese momento, el lado oeste superior cerca de la Universidad de Columbia, hasta el aeropuerto “La Guardia”, en Queens. Ella estaba yendo a una reunión, viajando a través de Harlem y reflexionando sobre el hecho de que había prometido escribir un artículo para una conferencia sobre la pobreza urbana y los barrios sin trabajo. El taxi estaba atascado por el tráfico en la calle 125, y ella tuvo la oportunidad de observar la principal arteria del centro de Harlem. Lo que vio la sorprendió:

“En la parada de colectivos había filas de hombres y mujeres vestidos con ropa de trabajo, sosteniendo las manos de sus hijos para llevarlos a la guardería o a las escuelas locales. Hombres de color con overoles de mecánicos, mujeres con trajes —tomando café de Dunkin’ Donuts, leyendo el *New York Post*, cargando las mochilas de sus hijos— a la espera de los autobuses atrapados en el mismo tráfico enloquecedor. Las entradas de los subterráneos fueron tragando montones de viajeros que habían renunciado a los autobuses. Mientras tanto, la gente que iba a trabajar caminando se movía por las veredas evitando el brazo extendido de algún ocasional vagabundo, e ignorando las insistentes llamadas de los vendedores de ropa y de videos a lo largo de las veredas. Era lunes a la mañana en Harlem, y en la medida en que sus ojos podían ver, miles de personas estaban yendo a trabajar” (2000, p. ix-x).

Permítanme detenerme un momento para reflexionar sobre el hecho de que una experimentada y talentosa científica social puede sorprenderse al descubrir que la gente pobre realmente trabaja. ¿Cómo podría uno esperar que ellos vivan en una ciudad con una mínima y tardía ayuda social? Pero Newman señala bastante correctamente que los científicos sociales, preocupados por la pobreza urbana —y aquí ella piensa particularmente en el trabajo de William Julius Wilson y sus asociados— simplemente no se focalizan en el trabajador pobre, y agrega que el 69% de las familias que viven en el área central de Harlem tienen, al menos un trabajador —y en la misma familia hay policías y delincuentes, drogadictos y trabajadores diligentes. El trabajo de Wilson, *When Work Disappears* (1996), dirigido a los lugares más pobres de Chicago encontró que más de la mitad de los consultados estaban trabajando. Estos números son claramente

subestimados, por muchas razones –los impuestos son la más obvia– ¿por qué la gente debe ocultar sus hábitos de trabajo y sus fuentes de ingresos? No hay un binario de trabajo/no-trabajo, sino que el trabajo es parte de la necesidad de casi todas las familias: ya sea un empleo formal captado en la encuesta de estadísticas, un trabajo legal informal –que definitivamente no lo es– o un trabajo ilegal informal (que es el enfoque unilateral de la investigación criminológica). Newman misma, señala astutamente la existencia de una enorme economía informal oculta. Así, ella le dice a uno de sus demandados, Rey:

“Si tuviéramos que buscar en un censo oficial del gobierno de la casa de Rey, encontraríamos que los adultos se clasifican fuera de la fuerza laboral. De hecho, sería considerado como un hogar monoparental apoyado por el sistema de bienestar. Harlem es habitada por miles de familias cuyos perfiles oficiales son así. En la casa de Rey todavía hay un ingreso estable porque la mayoría de los adultos está trabajando. A menudo en la economía no reguladas de servicios de pequeña escala y en trabajos por cuenta propia, incluidos costureras, vendedores de comida y carpinteros. La mayor parte de estos ingresos nunca ve el recaudador de impuestos.

La mayoría de lo que he escrito acerca de este sistema clandestino se focaliza en el mundo de la droga. Pero para miles de personas pobres en Nueva York, que no pueden permitirse un plomero o un electricista sindicalizados, los trabajadores de servicios informales (quienes proporcionan niñeras y personal de servicio) son los ejemplos más importantes de la economía sumergida. Hombres como Rey y su padre proveen servicios y productos a precios muy razonables. Los inmigrantes que no poseen papeles legales encuentran empleos en este mundo, los que están de manera legal consiguen segundos trabajos en la economía sumergida.

Ha quedado demostrado que es extremadamente difícil estimar el tamaño del sistema alternativo, pero está tan extendido en las comunidades pobres que a menudo compiten con la economía formal. El negocio del padre de Rey que se extiende desde el living hasta la esquina de la calle, es el pilar de ingresos de la familia, y en esto nunca están solos. La vía de Harlem, durante muchos años, ha tenido un activo mercado de comercio que es prácticamente invisible para el Servicio Interno de Rentas” (1999, p. 201).

Tanto el trabajo formal como el informal del pobre es invisible, pero no del todo. Noten como Katherine Newman se focaliza en la economía de las drogas. La ilícita economía de los pobres, es un foco principal de investigación sociológica y de interés de los medios. El taxista de Newman finalmente se cansa de intentar llegar al boulevard principal de Harlem y dobla en la calle 125 para tratar de evitar el embotellamiento; allí en la parte trasera se encuentran las casas desglosadas –la cara del gueto que rápidamente reconocemos. Es como la imagen del Harlem español de Philippe Bourgois, que encontramos en *In Search of Respect* (1999), uno de los vendedores de crack, el permanentemente desempleado, a pesar del hecho de que muchos del East

Barrio trabajan. Porque, a pesar de la brillante etnografía de Bourgois, no hay que olvidar que se centra sólo en una ínfima minoría: su objetivo se centra en lo atípico y le da una imagen de normalidad.

Michael Harrington, escribiendo en 1960, advierte en *The Other America* (1963) que el pobre en Estados Unidos se había convertido en invisible. Hoy en día los pobres son demasiado visibles: están siempre como en un reflector condenados a ser el objeto de la estigmatización, la vigilancia y la culpa. Sin embargo, ese reflector sólo recoge determinadas características, lo exótico, lo peligroso y el abandono, y destaca, los estereotipos, mientras que ignora la trivialidad, lo prosaico, la base central de ser pobre en una sociedad intensamente rica. La fabricación de la clase baja y la invisibilidad de los trabajadores pobres son parte integrante del mismo proceso de *othering*. La trascendencia política es evidente, como señala Newman:

“habiéndonos convencido de que la dependencia del bienestar y la falta de trabajo representan la verdadera cara de la pobreza americana, la agenda política de los años 90 fue muy fácil de vender. Si el centro de la ciudad es complicado porque nadie quiere trabajar, necesitamos unir todos nuestros esfuerzos para hacer mucho más difícil obtener el bienestar y mucho más fácil empujar a la gente fuera de la ayuda estatal” (1999, p. xi).

Esto está vinculado a la economía informal del tráfico de drogas, las bandas callejeras y los asaltantes, y tenemos la base no sólo de la asistencia social al trabajo, sino el traspaso de la asistencia social al sistema de justicia penal como un medio para lograr el orden social. Nada de esto significa idealizar las zonas pobres de la ciudad como lugares de delincuencia donde la economía informal diaria soluciona los problemas de la pobreza. Lejos de esto, el delito es un problema endémico de la pobreza y la existencia del día a día implica dificultad y lucha. Más bien es darse cuenta de que el enfoque de la delincuencia es una visión parcial atractiva para los criminólogos y antropólogos urbanos por igual. Ver la comunidad a través de esta lente es llevar a cabo lo exótico y lo anormal a expensas de la mayor parte de la vida cotidiana de la comunidad (ver Wacquant, 1997). Newman nos proporciona un elemento corrector, un foco en los trabajadores de Harlem y una conciencia de la amplia gama de trabajo que se produce. Todavía su propia lente tiene su propio punto de vista particular. El foco sobre la industria de comida rápida y sobre la economía informal, desde el cuidado de niños hasta la reparación de motores que sirven a la comunidad, representan el trabajo de los pobres, como si se tratara de algo que ocurre por ahí, en el gueto o en los barrios marginales, no como un trabajo que tiene alguna relación con *nosotros*, la más amplia sociedad de clase media. Esto mantiene la distancia y el hiato en común con la mayoría de la etnografía humana.

Quiero ahora analizar esta relación, pero primero permítanme señalar que la creación de la categoría ideológica “clase baja”, necesita la invisibilidad de los pobres trabajadores, el concepto de un grupo fuera de la economía y de toda la sociedad y que el “trabajador pobre” es un oximoron para las políticas que giran en torno a las cualidades paliativas del trabajo.

Otros llaman a esto “la traición del trabajo”, como la incisiva descripción de Beth Shulman (2003) sobre la forma en que los empleos de bajos salarios no proporcionan una vida material, ni dignidad en el trabajo para 30 millones de estadounidenses y sus familias. Las angustiantes descripciones de la gente con dos trabajos, largos días y salarios mínimos que simplemente no cubren el alquiler ni los gastos de comida, hace amarga la lectura. Pero ellos no son excepciones, no son un residuo de la pobreza, no están marginados de la economía, son fundamentales para una parte esencial y vital de los circuitos económicos. Los trabajos no son el estereotipo –con el que Katherine Newman en parte juega– de los trabajadores de comida rápida. Como Shulman señala:

“Contrariamente al dominante mito de que la mayoría de los empleos de bajos salarios son los que se ven en McDonald’s, los empleos de comida rápida constituyen menos del 5% de todos los empleos de bajos salarios. Entonces, ¿dónde encontramos a la gente con estos bajos salarios? Ellos están alrededor de nosotros: guardias de seguridad, auxiliares de enfermería y asistentes de salud, trabajadores en cuidado de niños y asistentes educativos, sirvientas y porteros, 1800 trabajadores de centros de llamadas, cajeros de bancos, cargadores de datos, cocineros, camareros, cajeros y asistentes de farmacia, peluqueros y manicuras, empleados de estacionamientos, asistentes, recepcionistas de hoteles, conductores de ambulancias, procesadores de pollos, pescados y carnes, operadores de máquinas de coser, empleados de lavandería y limpieza en seco y trabajadores agrícolas” (2003, ps. 45-6).

La mayoría de estos trabajos, como lo señala Shulman, implican interacción con la gente, requieren conocimiento, paciencia, cuidado y son esenciales para la economía, para la prosperidad de los Estados Unidos y de otros países del Primer Mundo. Son un sector en crecimiento. La nueva economía, como ya lo he señalado, no ha disminuido el nivel de trabajos de bajos salarios, los ha elevado. En los Estados Unidos, por ejemplo, los dos sectores de la economía de salarios más bajos, venta al por menor y servicios, aumentaron del 30% al 48% de toda la producción entre 1965 y 1998, y se espera esta proporción que crezca (*ibid.*, p. 105). Pero a pesar de este rol clave en la economía, estos trabajadores permanecen extrañamente invisibles. Es esta “invisibilidad” la que me gustaría explorar.

El trabajador invisible

David Rieff es un entendido en invisibilidad, el título de su libro *Los Ángeles: Capital of the Third World* (1993), captura la ironía de una ciudad donde sus habitantes blancos olvidan que son una minoría. La gente a menudo, asume que Los Ángeles es un lugar verde, un lugar donde todo crece fácilmente. Pero no es así: La cuenca de Los Ángeles es, en realidad, un desierto rodeado por el Pacífico y las montañas. La frescura del verde césped y la variedad de plantas exuberantes se logran con ayudantes invisibles. Él se describe llevando a pasear al perro de un amigo una mañana:

“Cuando yo salía a la mañana temprano, las calles estaban vacías, pero en ese momento el perro y yo hacíamos nuestro camino a casa, pasando por vagones y camionetas viejas. Estos vehículos vomitaban su carga de pequeños hombres de piel oscura. En silencio, comienzan el trabajo cortando el césped, podando los setos opulentos, viendo los sistemas de riego, y recogiendo los desechos naturales –hojas de palma, hojas de eucalipto, etc (...) Pero si, a las 8:00 am, las calles de Brentwood se llenaban con estos jardineros... al mediodía habían desaparecido. A veces, en el interin, aparecían los hombres yendo a la parada para tomar el autobús en el Boulevard San Vicente para comenzar las largas horas de viaje al este de Los Ángeles, o bien para ser recogidos por los destartados vehículos que los había traído” (1993, p. 101).

Pero este es el área de servicio doméstico que está más esclarecido. La gente quiere tener hijos, tener mascotas, tener casas impecables, pero las parejas profesionales no tienen tiempo para hijos, mascotas o trabajo doméstico. Lo que es más importante, tampoco tienen la intención. El sueño de la modernidad tardía es un auto-descubrimiento, la alegría de separarse de este tipo de preocupaciones. Muchas de las personas a las que Rieff entrevistó, encontrarían, según él, la vida imposible sin una sirvienta.

“Una cosa era trabajar largas horas en algo que a uno le importaba, o dedicarle el tiempo a un deporte o a un hobby. Pero no había manera, siempre que podían permitírselo, de que una generación que había madurado pensando en la vida esencialmente como una diversión, iba a resignarse a limpiar sus propios pisos o a limpiar sus propios baños. Alguien tenía que hacerlo, aunque por lo general alguien cuyo apellido terminara en z, en a, o en o” (*ibid.*, p. 100).

No es que estas personas sean verdaderos siervos, no lo son, después de todo, la gente almidonada que aparecía en la serie británica “Los de arriba y los de abajo” o en el filme “Brideshead Revisited”, y muchos de estos angelinos ricos, provenientes de familias de inmigrantes pobres, se veían a sí mismos como dando una ayuda a estos nuevos inmigrantes. El idioma ayudó a la invi-

sibilidad, el idioma español se convierte en la lengua de servicio o de incompreensión. De vez en cuando la cortina de humo se separa, pero no por mucho tiempo. Lo atestigua este hermoso pasaje:

“Una vez, cuando yo hablé con un amigo de Alegra acerca de su bebé, y le pregunté cómo había cambiado su vida, ella contestó: “Oh, sí, cambia tu vida!”. Después haciendo una pausa y sacudiendo la cabeza con tristeza, añadió: “Me refiero a que te cambia la vida; cambia la vida de algunos guatemaltecos”. Se refería a esa observación como una broma, por supuesto, pero, después de que ella lo había dicho, se movió incómoda, y fue a la cocina para servirse otra taza de café. Cuando regresó, nosotros hablamos de la reunificación alemana” (*ibid.*, p. 102).

Los empleados invisibles fueron los pocos actores que proporcionaron el telón de fondo de la vida real, para el auto-descubrimiento y la satisfacción. “Siempre habría alguna persona desconocida para cuidar las ‘partes sucias’ de la vida”. Ciertas actividades físicas obviamente formaban parte de estos sucios bits, no obstante, otras actividades físicas fueron parte del auto-desarrollo y la realización. Rieff es muy exquisito en su descripción de los angelinos con sus extraordinarios trajes brillantes y su auto-disciplinado trote dedicado a quemar calorías y a tonificar. El señaló, “en el oeste de Los Ángeles... el sudor y el trabajo se habían bifurcado” (*ibid.*, p. 108).

Es esta diferencia de trabajo entre lo que es el auto desarrollo, la propia materia de la vida, y lo que es el alma destruyendo un componente clave del Moderno Sueño Tardío. Uno podría notar que debajo de esto hay una división entre el trabajo sucio (limpiar pisos, baños, cambiar pañales, cavar zanjas, juntar hojas) y un mundo que es crujiente, limpio, creativo y no comprometido con lo material. Todo esto puede tener fácil resonancia con *Purity and Danger*, de Mary Douglas (1966), pero esto se suma a lo que Ehrenreich llama la *solipsis* de la vida de clase media. O sea, un mundo que cree que su existencia es autotreada, separada de la realidad material. En resumen, la invisibilidad de los trabajadores pobres, la negación de nuestra dependencia (y la irónica proyección de dependencia sobre ellos) es parte del proceso de *othering*, de crear hiato y distancia. Y también supone una desvalorización, a menudo, un concepto de que el sirviente es menos que nosotros, de que está en déficit.

El empleado invisible

No ser conscientes de que los pobres trabajan por ahí, en esas zonas de pobreza donde los ricos nunca se arriesgan, es una cosa. No ser conscientes de la pobreza de los repositorios, los conductores, los telefonistas, y los proveedores de servicios de saneamiento, se encuentra al borde de lo comprensible. Pero de

alguna manera inconsciente o directamente consciente de aquellos a los que uno directamente emplea, y el hecho de que a menudo estén mal de dinero, es extraño y paradójico. Para comprender esto hay que entender el poder de la solipsis, la naturaleza casi feudal de este tipo de empleos, el género y, a menudo, la naturaleza racista de las relaciones de trabajo.

Barbara Ehrenreich, en su investigación del mundo de los trabajadores pobres, describe su trabajo como empleada de Maids International, un mundo de interminables pisos. Gráficamente ella describe cómo es casi invisible y no muy diferente a los sirvientes del siglo XIX:

“Hay un mundo diferente allí abajo, un mundo en el que pocos adultos entran voluntariamente. Aquí encuentras elaboradas estructuras de polvo que se mantienen unidas por un andamiaje de los pelos de perro; trozos de pasta seca pegada al piso por su salsa, congelados restos de salsas, jaleas, cremas anticonceptivas, vómito y orina. Ella generalmente no te verá, y probablemente se siente con su correo electrónico en la misma habitación donde tú estás limpiando y ella permanecerá completamente inconsciente de tu existencia –a menos que te metas debajo de la mesa a carcomer sus tobillos” (2002, p. 86).

La razón más importante de invisibilidad es que nosotros no vemos el trabajo que a menudo realizan las mujeres inmigrantes, tan mal pago, como la parte clave de la economía. Su trabajo es para nosotros simplemente un agregado, un poco de ayuda, es aleatorio, no institucionalizado, y no es un sector propio de la economía. Saskia Sassen está poderosamente en desacuerdo con esto. Ella mantiene que la narrativa de la sociedad post-industrial que sólo hace hincapié en la aparición de una fuerza laboral altamente calificada, e incorrecta, también necesita una gran mano de obra no calificada. De esta manera, ella escribe:

“Los trabajadores de bajos salarios llevan a cabo una considerable parte de su trabajo diario en los principales sectores de las ciudades del mundo. Después de todo, los profesionales de avanzada requieren de trabajadores de oficina, limpieza y reparación. En mi investigación sobre Nueva York y otras ciudades, he encontrado que entre el 30 y el 60% de los trabajadores de los sectores principales, son trabajadores con bajos salarios.

El estilo de vida de los profesionales en estos sectores ha creado una nueva demanda de trabajadores domésticos, particularmente mucamas y niñeras. Los restaurantes caros, las lujosas casas y hoteles, las boutiques, los especiales servicios de limpieza, por ejemplo, son más intensivos en mano de obra que sus equivalentes sueldos. En un grado no visto en mucho tiempo, estamos presenciando el resurgimiento de una “clase de servicio ‘en los hogares y barrios contemporáneos de altos ingresos’ ” (2002, p. 252).

Ella habla de “casas profesionales sin esposas”; ya sea compuestas por un hombre y una mujer o por dos hombres o dos mujeres, que trabajan desde hace

tiempo, con altos ingresos y que cuentan con el mercado para abastecer sus tareas domésticas y, por supuesto, comen afuera, lavan la ropa en lavanderías, etc...

Por lo tanto, una importante mano de obra todavía relativamente invisible, ha surgido para apoyar a la élite profesional. La actual narrativa de globalización entonces, para Sassen, se focaliza solamente en el circuito superior y no en el más bajo. Además, el circuito inferior se ve alimentado por la profundización de la miseria del sur del mundo y su círculo se completa con los fondos que se envían a los hogares para subvencionar a los familiares de los trabajadores inmigrantes. Vamos a añadirle un mayor refinamiento a esto, todo el trabajo posible es externalizado, desde servicios de información telefónica hasta diagnósticos médicos (ver Friedman, 2005). Lo que queda en el Primer Mundo está altamente calificado, trabajos de diseño innovador y aquel trabajo no calificado que físicamente no puede ser externalizado. Es decir, se puede externalizar la reserva del restaurante, pero no el acto de poner un bife sobre la mesa de ese restaurante, se puede externalizar la ropa de los niños, y los pañales de los ancianos, pero se necesita a alguien que vista a los niños y que coloque los pañales. Así como externalizamos la fabricación y los servicios para el Tercer Mundo, *internalizamos* del Tercer Mundo toda una serie de puestos de trabajo desde niñeras a trabajadores del sexo. El subtítulo del libro de Ehrenreich y Hochschild, *Global Woman: Nannies, Maids and Sex Workers in the New Economy* lo dice todo. De hecho, Arlie Hochschild habla en su trabajo *Love and Gold* (2002) de una nueva forma de imperialismo de un Primer Mundo que una vez extrajo minerales, ahora importa cuidado, donde el "amor y el cuidado se convirtieron en el nuevo oro".

"La brutalidad de esa era del imperialismo no tiene que ser minimizada, aun cuando comparamos la extracción de recursos materiales del Tercer Mundo de ese momento, con la extracción de recursos emocionales de hoy. El norte de hoy no extrae amor del sur a la fuerza: no hay oficiales coloniales con cascos, ni ejércitos invasores, ni barcos con armas que navegan hacia las colonias. En cambio, vemos una buena escena de mujeres del Tercer Mundo empujando carritos de bebés, acompañantes de ancianos caminando pacientemente del brazo o sentados al lado de ellos en los parques del Primer Mundo.

Hoy en día, la coerción opera en forma diferente. Las mujeres eligen migrar para realizar tareas domésticas. Pero lo eligen por presiones económicas casi siendo obligadas. La brecha entre países ricos y pobres, es en sí misma una coerción, empujando a las madres del Tercer Mundo a buscar trabajo en el Primero por falta de opciones cerca de sus hogares. Pero teniendo en cuenta la ideología dominante del mercado libre, la migración es vista como una "elección personal". Sus consecuencias son vistas como "problemas personales". En este sentido la migración crea no una carga en el hombre blanco, sino, a través de una serie de enlaces invisibles, una carga en el niño oscuro" (2002, p. 27).

Entrando en la zona de humillación

Las circunstancias materiales tardías de los trabajadores pobres llevan consigo una pesada ironía, el saber que uno está trabajando más que la mayoría de la gente en la sociedad, a menudo con dos trabajos y diferentes horarios, y aún así es incapaz de hacer que los extremos se junten. La ironía se extiende aún más, como David Shipler lo señala en su libro *The Working Poor: Invisible in America* (2004), se manifiesta en el hombre trabajando en un lavadero de autos que no puede comprarse un auto, en el editor de textos de un libro de medicina que no puede pagar una consulta al dentista, el empleado de un banco con solo \$2,02 en su cuenta, y también podría agregar, como veremos más adelante, a la niñera empujando un carrito en el parque cuando no tiene tiempo para cuidar a sus propios hijos.

Pero esto no es solamente privación material. Ser pobre es entrar en un mundo que pocos profesionales de clase media pueden comprender. Esta es la razón por la que el bien celebrado *Nickled and Dimed* (2001), de Barbara Ehrenreich es un abridor de ojos. Ella hizo lo que pocos científicos sociales naturalmente harían, en lugar de estudiar a los pobres, intenta sobrevivir, aunque sea temporalmente, con los salarios de los pobres haciendo trabajos de camarera, auxiliar de tienda y limpieza de casas. Lo que es sorprendente no es sólo la dificultad diaria de ser pobre, es paradójicamente más caro en términos de vivienda y alimentos, pero el día a día pone reglas y restricciones que dominan esta zona de humillación. Las pruebas de drogas exigidas por las grandes cadenas de supermercados, el empleo precisamente con el salario mínimo —el cual básicamente te dice que tu jefe te pagaría menos si fuera legalmente posible— las estrictas reglas para ir al baño, el forzado entusiasmo demandado por el gerente, y la estricta prohibición de los sindicatos.

La humillación es otorgada no sólo por los empleadores, los clientes y el público satisfecho, sino, por supuesto, también por los organismos gubernamentales del neoliberalismo establecidos para mantener el centro de la conducta de trabajo y los valores de mercado. Permítanme darles un ejemplo. Michelle Kennedy escribió sobre este tema en *Without a Net* (2005). Ella es una mujer joven de clase media, que después de una serie de errores y mala suerte, se encuentra sin casa y con tres hijos. Consigue un trabajo de camarera de 2,12 dólares por hora, más propinas, pero no puede encontrar una vivienda asequible, y ella y sus hijos duermen en su coche. Mientras trabaja en el restaurante, deja a los chicos en el estacionamiento, apareciendo regularmente para comprobar que estén bien. Como considera que puede ser una buena candidata para algún tipo de asistencia, va al Centro de Empleo local, donde le dicen que no califica, que no reúne los requisitos, que "de acuerdo a los datos que tenemos, usted y

Jock Young

sus hijos deberían estar bien con sus ingresos actuales". Pero la ayuda está a mano: "Si lo desea, usted puede combinar con un consejero financiero, que podrá ayudarla a manejar mejor su dinero" (2005, ps. 94-5). Ella lucha por no llorar, sale alzando a uno de sus hijos y los otros dos caminando a su lado.

El servicio como una relación feudal

Bridget Anderson, en su brillante libro *Doing the Dirty Work* (2000), traza el gran circuito económico de los trabajadores extranjeros, de su emigración y del dinero que envían a sus casas. Ella nota también su invisibilidad en línea con todos los comentaristas que hemos discutido. Uno de los aspectos de su invisibilidad, ella argumenta, es que la relación con el empleado no es vista por el empleador como una relación contractual de salario normal, sino algo más. Implica un intercambio no sólo de dinero y tiempo, sino de confort material, atención personal e intimidad, ya sea si están cuidando niños, gente mayor, o haciendo comidas. Ellos se convierten ya no en empleados, sino en "parte de la familia", o al menos es lo que el empleador quiere creer. Una de las encuestadas es Zenaída, una mujer marroquí que trabaja en Barcelona, cuya situación como parte de la familia la expuso a la vulnerabilidad, y demostró lo que Anderson ve como el acto de matarse a sí mismo, una situación de profunda despersonalización.

"Ella había cuidado a una anciana durante cinco años, haciendo también trabajos domésticos. Vivía ahí y era 'parte de la familia', y sentía que era tratada con respeto por su familia empleadora. El hijo de la anciana, que había pasado sus vacaciones en su casa de Marruecos le pagaba el sueldo. Ella solo podía pasar una noche a la semana con sus cinco hijos que vivían en Barcelona, y el resto del tiempo tenía que dejarlos porque no vivía con ellos. Aunque pudo haber obtenido un permiso de residencia de España, el padre de sus hijos permaneció en Marruecos porque los primeros dos hijos eran demasiado grandes para ser admitidos en España como reunificación familiar. Su hijo menor tenía 6 años, y ella lo había dejado 6 días a la semana cuando era un bebé para poder cuidar a la anciana. Nadie se preguntó si ella estaba autorizada a dormir con su bebé: 'Tú no puedes hacer esto. No. Todos piensan, no lo sé, en ellos mismos. Tú no puedes hacer esto.'" (2000, ps. 124-5).

Además, surge frecuentemente una relación de "maternalismo", entre la empleada y la dueña de la casa (ver Rollins, 1985). La empleada es a menudo más joven, por lo general sin muchos estudios, y frecuentemente inmigrante. La dependencia de la dueña de casa con la empleada se empieza a percibir como la dependencia de la empleada con la dueña. Los inmigrantes casi siempre tienen bajos salarios y largas horas de trabajo y se consideran parte del primer paso necesario para ir a América del Norte o a la Unión Europea. En caso de ir a Estados Unidos o a Canadá, las sociedades de inmigrantes

son consideradas casi como un rito de transición como lo fueron los propios antepasados de los empleados.

El materialismo permite en gran medida relaciones desiguales que se conciben como actos de bondad. Y los actos de bondad que no son plenamente reconocidos son vistos como actitudes de ingratitud. Nina, entrevistada por Bridget Anderson:

"Pero no hay sentimiento en lo que yo ofrezco. Voy a dar un ejemplo de la última mujer de Bulgaria (...) Yo tuve un pensamiento brillante, 'ella necesita ver a sus amigos'. Como yo estaba cansada de cambiar tantas empleadas, le di el domingo libre. Ahora, cada mañana, incluyendo los domingos, ella se despierta, y ayuda a la abuela a ir al baño y le cambia los pañales (...) después se va, pero regresa a las 7 p.m. ... Entonces, después de todo lo que hago por ella, la chica dice cada domingo que le gustaría regresar a media noche y no hacer ningún trabajo —es decir, no cambiarle los pañales a la mañana" (2000, p. 144).

Nina había empleado docenas de trabajadores domésticos para cuidar a su madre, ofreciendo un hogar confortable y cariñoso, pero su percepción era que se había enfrentado a una serie de buscadores de oro.

La relación empleado/patrón luego tiene consecuencias para ambos. Ehrenreich y Hochschild son muy sinceros en este tema. El debate feminista acerca de la desigualdad de género y la política de las tareas domésticas ha sido "resuelto", pero fue hecho a expensas de los pobres:

"...la globalización del cuidado de los niños y de las casas une a las mujeres ambiciosas e independientes del mundo: la orientada carrera de las mujeres de clase media alta de una nación próspera y la aspiración de la mujer del Tercer Mundo o del desmoronamiento de la economía poscomunista. Sólo que no las reúne en la forma en que la segunda ola de feministas de los países ricos, una vez lo imaginaron —como hermanas y aliados luchando por alcanzar objetivos comunes. En cambio, ellas se reunieron como dueñas de casa y mucamas, empleadoras y empleadas, a través de una gran división de privilegio y oportunidad.

Esta tendencia a nivel mundial de dividir el trabajo tradicional de la mujer arroja una nueva luz sobre todo el proceso de la globalización. Tradicionalmente, son los países pobres los que se piensa que dependen de los más ricos —una dependencia simbolizada por la enorme deuda que debemos a las instituciones financieras mundiales. Lo que exploramos (...), sin embargo, es una dependencia que trabaja en otra dirección, y es una dependencia de una clase particularmente íntima. Cada vez más a menudo, las familias ricas y las de clase media en el Primer Mundo, dependen de los trabajadores de las regiones más pobres que proporcionan el cuidado de los niños, del hogar, y los servicios sexuales, una relación global que refleja, de alguna manera, la relación tradicional entre los sexos. El Primer Mundo asume el rol como el del hombre pasado de moda en la familia que no puede cocinar,

limpiar o encontrar sus medias. Los países pobres asumen el rol de la mujer tradicional dentro de la familia-paciente, cuidada y auto rechazada" (2002, ps. 11-2):

El pobre invisible en una sociedad sin clases

Unamos los hilos de este argumento. He estado preocupado por saber cómo determinados aspectos de la vida de los pobres se han hecho invisibles, mientras que otros, como la delincuencia y su desviación, se destacan. De hecho, es bastante común, que el tríptico de la clase baja, los inmigrantes, y los delincuentes estén dentro del estereotipo de los pobres. Esta percepción se ve facilitada por una lente que pone al mundo en binarios. El binario de clase media/baja es una extraña construcción, agrupando –en particular en los EE.UU.– a casi todos los de clase media que tienen un trabajo regular, ignorando a los ricos y colocando al resto de la población extrañamente “más abajo”, “debajo” o fuera de la estructura de clases en general. ¿Es un imaginario que gira en torno al concepto de una sociedad sin clases? Este tipo de binario corresponde a aquellos que tienen trabajo y a los que supuestamente están casi permanentemente fuera de él. Katherine Newman, por lo tanto, sorprende a los trabajadores de Harlem. Sin embargo, el binario insiste en que los que trabajan están razonablemente bien y que la pobreza está asociada al desempleo. La existencia de los trabajadores pobres niega esta supuesta contradicción, rompe los límites. Su invisibilidad deriva del binario; es una poderosa crítica de la fe neoliberal en las cualidades del mercado. El empleo: legal, ilegal, formal, informal es mucho más ubicuo de lo que a menudo se supone. Además, la categorización del binario inclusión/exclusión, implica relaciones entre los pobres y los ricos, relaciones de clase de una naturaleza regularizada, parte de importantes circuitos económicos claves de nuestra sociedad que son a menudo globales en su alcance.

El surgimiento de una elite de expertos altamente calificados y de profesionales en el sector de servicios, concomitantes con la rápida disminución manufacturera debido a la automatización y externalización al Tercer Mundo, se anunció como la aparición de una nueva clase, un precursor de una edad post industrial. Este grupo aumentó al igual que el sector de los servicios en su conjunto, pero lo que se ignoró fue la aparición de un cuerpo considerable de trabajadores en el mercado por parte del sector cuyos empleos eran servir al trabajo “rico”, profesionales de ingresos dobles y familias marginales. Es decir, así como una parte considerable de la industria manufacturera fue perdiéndose en el exterior, y las instituciones de la clase obrera entraron en declive, un gran segmento del trabajo emergió mal pago e ignorado, cuya invisibilidad permitió que el imaginario de las “no clases” se propagara y se considerara.

Tal clase inferior sirve para una amplia gama de tareas de reparación y mantenimiento de los edificios de la ciudad, para la multitud de restaurantes que sirven las necesidades de la élite profesional y para dirigir el servicio doméstico en el hogar. Existe muy a menudo en la economía informal, que tiene una gran proporción de inmigrantes y cada vez más mujeres. Como tal, es parte de los principales circuitos económicos.

Culpabilidad y solipsismo de la clase media

¿Qué efecto tiene este tipo de servicio de clase sobre la clase media a la que sirve? Por lo menos, como señala Barbara Ehrenreich, esto produce una sensación de solipsismo: un sentimiento de desapego, de ensimismamiento, de existir en forma separada e independiente del resto de la sociedad. Así, en una famosa frase, ella escribe:

“Una economía de sirvientes puede ofrecer oportunidades, aunque limitadas, para los pobres y las mujeres inmigrantes. Pero también genera insensibilidad y solipsismo en el servicio, y lo hace tanto más eficazmente cuando el servicio se realiza de cerca y sistemáticamente en el lugar donde viven y se reproducen” (2002, p. 103).

Y, en un trabajo anterior, Ehrenreich nota cómo nosotros exorciábamos a los pobres por vivir de la asistencia social, pero ahora los tenemos a ellos auto-suficientes todavía viviendo al borde de la pobreza. En un extraordinario acto de *othering* hemos pasado a depender de los que estigmatizamos como dependientes. Y ¿cómo deberíamos sentirnos?

“Culpables, podríamos pensar con cautela. ¿No es así cómo supuestamente deberíamos sentirnos? Pero el sentimiento apropiado es la vergüenza –la vergüenza de nuestra propia dependencia, en este caso, sobre el trabajo mal pago de los demás. Cuando una mujer trabaja por un pago menor del que le alcanza para vivir, ha hecho un gran sacrificio, ha entregado parte de sus capacidades, de su salud y de su vida. Las ‘trabajadoras pobres’, son en realidad las principales filántropas de nuestra sociedad. Ellas descuidan a sus propios hijos para poder cuidar hijos ajenos; viven en casas pobres, mientras las que ellas limpian están brillantes y perfectas; y soportan privaciones a fin de que la inflación sea baja. Ser un miembro de los trabajadores pobres es ser un donante anónimo, un benefactor con todos los demás. Como Gail, uno de mis compañeros dijo, ‘tú das y das’.

Algún día, por supuesto –y no voy a hacer predicciones sobre exactamente cuándo– están obligados a cansarse de que les den tan poco a cambio y a exigir que les paguen lo que valen. Habrá mucho enojo cuando esto suceda, pero el cielo no caerá, y todos estaremos mejor al final” (Ehrenreich, 2001, p. 221).